

LA BRUJA DE SAN MAMÉS



LIMURÁ PRADO

UNIVERSO
de LETRAS 

La bruja de San Mamés

Limurá Prado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Limurá Prado, 2024

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

Primera edición: 2024

ISBN: 9788410265356

ISBN eBook: 9788410265905

*Al destino, por mi soberbia de no
aceptarlo y mis incesantes esfuerzos
en cambiar sus designios.*

LA BRUJA DE SAN MAMÉS

El amor secreto del conde Fernán González

INSPIRADA EN HECHOS HISTÓRICOS

1

Fuentidueña

Año 922

Tumbada en lo alto de la peña con los brazos extendidos en forma de cruz, la joven aldeana contemplaba con fijeza el firmamento. Brillaba con tanta intensidad que parecía transparente, como si el Sol hubiese estallado en su interior borrando el azul del cielo de aquel día de la recién llegada primavera.

No dejaba de pensar en lo que estaba a punto de suceder, en aquello que cambiaría el destino de Castilla. Era el momento de que la rueda de un complicado engranaje se pusiera en marcha. Dos siglos de espera había sido más que suficientes.

Tez blanca, larga cabellera negra, en apariencia frágil. Manos finas, dedos alargados, nada en ella presagiaba la gran responsabilidad que sobre sus hombros recaía. «¡Dios estará mirándome! ¡Hágase su voluntad!», se dijo mientras un suspiro prolongado escapó de su pecho.

Dirigió su mirada hacia la aldea pensando en que quizás esa sería la última vez que sus ojos la contemplarían. A pesar de que nadie la echaría de menos, sintió pena; a fin de cuentas, había sido su hogar. Observó con melancolía el espeso bosque de árboles ancestrales y raíces desnudas que bordeaban el pueblo y en el que tanto jugó de niña. Ellos habían sido su única familia. Se tumbaba entre las enormes raíces, lo más parecido a los brazos de la madre que nunca tuvo, mientras el murmullo del aire sobre las hojas la arrullaban y el aroma de la tierra le impregnaba la piel.

Al cobijo de aquellas raíces maternas pasó la muchacha su niñez.

Su memoria no guardaba ningún recuerdo de su familia. De pequeña, perdió a sus padres, por lo menos eso le dijo el viejo que la crio, el mismo que le fue desvelando, poco a poco y a medida que iba creciendo, los designios de su existencia. Con él aprendió ciertas artes no permitidas.

Leovigildo, al que llamaban el Viejo, era un brujo. Poseía remedios extraordinarios y conjuros que se decían fueron usados por Hércules en sus andanzas por Segovia. Todos en el pueblo sabían de las prohibidas artes mágicas del anciano, pero preferían callar, pues sus ungüentos y brebajes siempre venían bien para curar los males. Lo repudiaban en silencio, al igual que la repudiaban a ella, que era la encargada de recoger las hierbas con las que el Viejo preparaba las milagrosas cataplasmas que le pedían a escondidas.

Isabel, una niña regordeta y alegre de enormes ojos y pestañas rizadas, era la única que se atrevía a desobedecer a sus padres. Se escapaba cada vez que podía para correr y cantar juntas por el bosque. Algunas veces recogían sapos que destripaban, sólo porque sí, a los que luego enterraban adornando con flores sus

lechos eternos. No, no había nada que se interpusiese en la felicidad de aquellas niñas que no entendían de odios.

Sus fechorías infantiles fueron descubiertas por la madre de Isabel, que llegó sin que se la oyera mientras entretenidas recogían flores para las pequeñas tumbas de sus saltarines y babosos amigos. Los cánticos de las dos niñas fueron confundidos por los pobladores como una oda a los demonios y, al descubrir las reducidas tumbas, no hubo lugar a dudas: era cosa del diablo.

Isabel fue castigada con dureza por su madre, y ya nunca más se las volvió a ver juntas. Si coincidían en algún lugar del pueblo, Isabel bajaba la cabeza. Sus padres se encargaron de pregonar que la discípula de Leovigildo era una aprendiz de bruja.

Los murmullos de los aldeanos, sus risas y desprecios golpeaban su corazón con la misma contundencia de una hoz. Pero, en el fondo, le tenían miedo.

Aquello marcó el final de su infancia.

Pasaron los años y la niña que jugaba entre árboles se convirtió en una muchacha de andares resueltos, con unos labios carnosos del color de las cerezas, que contrastaban con el blanco de una piel aterciopelada. Los hombres la miraban con deseo. Ella vivía ajena a su belleza y a las pasiones que despertaba a su paso; mientras, rodeada de libros, aprendía las ciencias que dominaban el universo.

Leovigildo el Viejo, obstinado como siempre, la obligaba durante largas jornadas a aprender el manejo de prodigios mágicos, a la comprensión de los astros para poder, con ese conocimiento, dominar la naturaleza. Le enseñó a leer, algo prohibido y al alcance de muy pocas personas. El viejo poseía enormes y pesados libros que decía procedían de antiguos sabios griegos y que revelaban la verdad de muchos misterios de la creación.

Aprendió complicados cálculos de álgebra y muchos de los inventos de Arquímedes, pero lo que más sorprendía a la joven era poder dar vida a seres inanimados. Leovigildo tenía un pequeño muñeco de forma humana, del tamaño de un conejo. Era de bronce y, a través de complicados mecanismos y ruletas, conseguía moverse y crear vida propia: un autómatas.

Sus manos sobre la tierra sintieron un temblor. Apretó un puñado de hierba. Era la señal que estaba esperando.

Se incorporó de un salto, como una gata. Corrió a gachas hasta llegar al camino sin ser vista desde el pueblo, parecía un espectro en movimiento.

La obsesión es un sentimiento que nos atormenta, es un pensamiento que da vueltas y vueltas como una peonza. Una idea fija que nos desgarras y que puede llegar a ser como un ejército tenaz que ha decidido asediar y asaltar nuestra mente. Existe esa insaciable necesidad de conseguir lo que te has propuesto y la idea de lograr una Castilla independiente del reino de León era la obsesión de Fernán González. Su alma perturbada no descansaría hasta lograrlo.

A lomos de su imponente caballo de largas y brillantes crines, un decidido Fernán González encabezaba la comitiva que se dirigía desde Fuentidueña hasta Burgos. A su lado varios caballeros de confianza, entre los que se encontraba su fiel amigo don Garci, más atrás su madre con un puñado de criados.

Cabalgaba ilusionado, imaginándose que aquellos árboles que custodiaban el camino eran las gentes aclamando su triunfo y que el murmullo de las ramas al viento eran los vítores al ser nombrado conde de Castilla. Manoseaba con insistencia la empuñadura de su espada. Sentía su poder. Acababa de hacerse con

ella en un pasadizo de la fortaleza, que según rezaba en la inscripción de la pared donde estaba colocada, había sido construida por los mejores herreros, siguiendo las indicaciones de magos y astrólogos visigodos.

Recordó ese mágico día en el que tuvo por primera vez la espada en sus manos:

Muchas de las veces en las que, huyendo de los rigores del invierno en Burgos, al llegar a la fortaleza de Fuentidueña, a puertas de las murallas, se encontraban con un anciano que, con insistencia, pedía hablar con él. Vestía ropas extrañas, pantalones anchos, chaleco negro con indescifrables símbolos colgando y una especie de turbante anudado alrededor de la cabeza, que terminaba con un lado puntiagudo que le caía hasta el cuello. Sus calzas, rematadas en punta, eran muy parecidas a las llevadas por los moros.

Fernán no lo tomaba en cuenta hasta que, un día, su amigo don Garci le comentó que sería conveniente hablar con el anciano. Su padre le dijo en una ocasión que era el brujo de un pueblo vecino y que, al parecer, sabía dónde se escondía un arma poderosa, una espada única, forjada para dar gloria a su portador. Lleno de intriga, decidió citar al viejo para que le explicara qué misterio había detrás de la espada.

Leovigildo se presentó a la hora señalada en el castillo de Fuentidueña.

—Veamos, viejo, ¿qué es lo que tenéis que decir? —preguntó Fernán González sin muchas esperanzas de oír nada que fuera creíble viniendo de un hechicero.

—¡Gracias, mi señor! ¡Os doy las gracias por recibirme! ¡Estoy seguro de que no os arrepentiréis! —dijo el invitado, visiblemente nervioso. Sabía de la importancia del secreto que iba a desvelar.

Con voz cavernosa, contó el origen de la Lobera. Ese era el nombre de la espada construida para devolver a los cristianos las tierras arrebatadas a Hispania:

—Cuando los moros se apoderaron de Toledo, gran parte de sus gentes huyeron hacia el norte. Algunos se refugiaron aquí, en Fuentidueña, donde residían familiares que los acogieron con los brazos abiertos. Con el tiempo, decidieron organizarse para contribuir de alguna forma en la recuperación del reino. A la causa se unieron adivinos, magos y astrólogos, forjando una espada mágica con los mejores materiales y las artes místicas más profundas, para que diera fin, de una vez por todas, a la barbarie de los sarracenos. Fue así como surgió la Lobera, producto del dolor y la rabia de los visigodos por haber sido expulsados de su amada tierra. Los moros pagarían con creces el sufrimiento causado. La Lobera, y quien llegue a empuñarla, representarán la esperanza de toda una nación. —El viejo hizo una pausa intentando mantener la atención de Fernán—. Los musulmanes continuaron avanzando en la conquista de esta ilustre nación y fue así como llegaron a Fuentidueña, viéndose obligados los pobladores a esconder la espada. Aprovechando unos antiguos túneles de la fortaleza, construyeron una puerta que sólo se abre con el movimiento de unas piedras... en un orden que es la clave.

Sin perder más tiempo, pidió a Fernán y a don Garci que lo acompañaran. Se dirigieron a la despensa del castillo y, allí, frente a una pared donde estaban ubicados los fogones, se frotó las manos, recitó en voz baja algo, Dios sabe en qué lengua, mientras tocaba, una por una, cuatro piedras que formaban una especie de cruz.

Los dos amigos se quedaron maravillados ante lo que sucedía. La pared empezó a moverse y dio paso a un oscuro pasadizo. Encendieron unas antorchas y comenzaron a avanzar. Al final del

largo pasillo, colgada en la pared, se encontraba una espada sencilla en sus formas; de hoja plana y con dos filos, terminada en punta redonda con arriaz recto. Más abajo, en la misma pared, se podía leer una inscripción: «Por el triunfo de los cristianos».

Fernán quiso cogerla sin dilación, pero lo detuvo Leovigildo.

—¡Esperad, mi señor! Es importante que sepáis que vuestro padre, antes que vos, estuvo en este mismo lugar, frente a esta misma espada.

—¿Qué intentáis decir? ¿Qué mi padre no tuvo el valor suficiente para hacer frente a los moros?

—No, mi señor, se negó hacer la guerra contra los propios cristianos.

—¡Explicaos, viejo! ¿Cómo que hacer la guerra a los cristianos? —Fernán estaba confuso.

Leovigildo recordó lo sucedido dos años atrás, cuando asesinaron a su tío Nuño Fernández, a Abolmóndar Alboal, a su hijo Diego, al anciano Fernando Ansúrez y otros principales de Castilla. Fueron con vileza convocados por el rey don Ordoño, haciéndoles creer que negociarían sobre las tierras de Castilla y sobre la guerra contra los moros. Sin la más pequeña sospecha, se presentaron sin guardias, confiados en la palabra del rey, desconociendo que la verdadera razón era la de vengarse de ellos por la derrota sufrida ese mismo año en la batalla de Valdejunquera. El rey consideraba a los condes castellanos los únicos culpables de la derrota por haberse negado a participar en la contienda, contando sólo con el apoyo del ejército del rey navarro, Sancho Garcés. Las fuerzas militares del emir cordobés los superó en número. Perdieron sin remedio ante la imponente y muy bien organizada tropa sarracena.

—La necesidad de no dejar a Castilla abandonada —prosiguió Leovigildo— hizo que vuestro padre no acudiera a la cita

y se librara de tan funesta suerte. Los condes castellanos se pusieron, sin saberlo, en manos de un enemigo implacable, ya que sin el menor de los escrúpulos fueron recibidos con magnificencia para después tender el manto de la cobardía y el crimen. Los insultó antes de mandar a su verdugo a cortar sus heroicas cabezas, disfrutando de mirar la espumosa y humeante sangre. Nunca sospecharon aquellos nobles hombres que sus cabezas se expondrían en unas picas. Este hecho tan espantoso hizo que vuestro padre considerara que una espada forjada para hacer frente a los moros no podía servir para hacer la guerra entre cristianos; su corazón clamaba venganza contra el rey. Pensó que, una vez ganada Castilla para los castellanos, volvería y recogería la espada para hacer honor a sus creadores y luchar contra los sarracenos, recuperando las tierras conquistadas. Pero eso nunca sucedió. —Leovigildo miró de reojo a Fernán y quedó complacido al ver que su cara reflejaba gran interés por lo que estaba contando—. El inicuo rey don Ordoño, no conforme con las despreciables muertes de los honrosos castellanos y viendo que vuestro padre se había librado, envió a sus mejores hombres para apresarlo. Al tener conocimiento don Gonzalo de la caza que sobre su cabeza pendía, huyó presurosamente a Navarra. Pero considerando que Navarra no le ofrecía asilo suficiente ante la férrea persecución del vengativo rey, pasó a Francia... Ya sabéis el resto.

—Entiendo, viejo: mi padre era un hombre sabio. Él consideró que la espada no debía ser usada para luchar cristianos contra cristianos. —Y mientras cogía la espada dijo—: ¡Yo no soy mi padre! ¡Castilla se merece esta espada y luchar por su libertad! Dios sabe que mi lucha también es contra los sarracenos, pero todo a su tiempo.

La obsesión de Fernán por una Castilla independiente era más fuerte que nada y, si una espada como la Lobera serviría para conseguir su cometido, nada le impediría usarla.

Fernán, que había perdido la noción del tiempo, volvió de entre sus recuerdos al pasar por Medianero, el pueblo del brujo. Decidió dar la vuelta para ver cómo se encontraba su madre. Su espalda era tan ancha como la grupa de su caballo. Si bien no era muy alto, sí fornido, con una barba que empezaba a ser poblada. Tenía una mandíbula prominente, de mordida fuerte, dientes grandes y unos ojos rasgados, de mirada penetrante. Poseía unas cejas gruesas que, al fruncir el ceño, dejaban ver unos surcos muy marcados en la frente.

—¿Cómo vais, madre? —preguntó poniéndose al paso del carruaje.

Muniadona de Lara abrió las cortinas del carruaje para poder hablar con su hijo. Era una mujer de rasgos dulces, que no se parecía en nada a la mujer que describían los moros o de la que hablaban los castellanos. Tras la muerte de su marido, el conde de Burgos y Castilla, Gonzalo Fernández, quedó al frente de la familia regentando las tierras de Lara hasta que su hijo mayor, Fernán, tuviese edad conveniente para ser nombrado conde, si así lo decidía el rey. No se podía negar que era una mujer de un fuerte carácter. Tal era la envergadura de su genio que, habiéndose ganado el respeto de los moros, estos la llamaban Comitísima, y las gentes del castillo de Lacer, donde pasaba los inviernos, una antigua fortaleza romana conquistada por su marido a los musulmanes, debido a su fuerte personalidad, empezaron a renombrar al castillo como el de Fuentidueña. Fernán era testigo de la rudeza y el genio de su madre. Junto a ella, a lo largo del invierno, hizo planes para hacer frente al rey leonés y abrir poco a poco el camino a la independencia de Castilla. Ya estaba bien

de las burlas de don Ordoño, que los menospreciaba limitando su gobierno.

—¡Bien! —respondió risueña—. Acabamos de salir. Queda mucho camino por delante.

Continuaban entretenidos con la conversación cuando de repente, salida de los valladares, una joven cayó a los pies de Fernán haciendo que el caballo levantara las dos patas delanteras. El carruaje fue detenido de forma inmediata.

—¡Por san Mamés! ¿De dónde diablos salís? —dijo Fernán mientras intentaba dominar su corcel—. ¡Maldita muchacha!

La joven, al caer al suelo, dejó a la vista algo metálico que llevaba en el saco, además de unos libros. Con su falda pudo cubrirlos para no ser descubierta.

—Frena tu ímpetu, querido. No es más que una dulce niña —replicó Muniadona intentando apaciguar a su hijo—. ¿Cómo os llamáis, pequeña? —preguntó en tono cariñoso.

—Me llamo Hildegarda, señora. —La muchacha estaba asustada.

—¿Qué queréis? ¿Acaso sabéis quiénes somos?

—¡Deseo ir con vosotros, mi señora! ¡Puedo ser de utilidad! —agregó la joven en tono de súplica.

—¿De utilidad alguien que cae de bruces en medio de un camino? —espetó un contrariado Fernán González ante la petición de la aparecida.

—¡Callad de una vez, hijo! ¡Dejadla hablar! Quizá sí que pueda ayudarnos. Decidme, joven, ¿qué artes domináis?

—Manejo el arte de las plantas, mi señora. Puedo curar muchos males.

—¡Una bruja! —gritó Fernán.

Muniadona pensó en las dolencias íntimas que le impedían disfrutar de las noches de amor con Zoilo, su mancebo preferi-

do. Quizás la aldeana fuese la solución a sus padecimientos, algo que no habían podido resolver ni los más versados médicos de sus amigos los moros.

Tendió su mano a la joven.

—Venid, querida. ¡Subid! Viajarás a mi lado y me contaréis de vos.

De la cara de Muniadona desapareció la dulzura, dedicándole una mirada a su hijo que lo dejó paralizado, impidiéndole emitir ninguna palabra que contrariara a su madre.

En la entrada del pueblo, escondido detrás de un árbol, Leovigildo fue testigo de cómo Hildegarda se marchaba con los condes de Castilla. Atravesó la aldea lo más aprisa que podía su encorvado cuerpo hasta llegar a su casa, una cabaña rodeada de hiedra por todas sus paredes. En su interior colgaban distintas plantas secas y lo que parecían ser partes de animales disecados. En las estanterías y mesas se podían ver cuencos con polvos de distintos colores, un sinfín de tarros y frascos.

Llamó con intensidad a su fiel criado Jasim. Este al instante apareció. Era tan grande como un oso, pero con una bondad que no la había conocido en nadie. Lo compró en el mercado de esclavos de Olombrada, un pueblo ubicado a menos de media jornada de distancia, o, mejor dicho, lo intercambió por algunas de sus pócimas para potenciar la hombría.

Jasim había salido de tierras africanas, donde habían querido esclavizarlo por ser cristiano. Huyó a Hispania, pero una vez allí, indefenso, fue pasto de mercaderes, quienes, sin ningún tipo de escrúpulos, pretendiendo venderlo como esclavo, lo encadenaron. Los compradores tenían miedo de su tamaño, empezando a ser un grave problema para su dueño alimentar aquel coloso.

Leovigildo, al verlo, se dio cuenta de la bondad que había dentro de aquel muchacho. Necesitaba a alguien fuerte y no dudó en ofrecer al desesperado mercader un nada lucrativo trueque, que este, deseoso de deshacerse del esclavo, dio por bueno.

—¡Jasim, preparaos! Necesito que llevéis un mensaje a Toledo —dijo el viejo mientras escribía en un pergamino—: «El caballo alado está dentro».

2

Toledo

Una fina, pero persistente lluvia, caía sobre la ciudad de Toledo. El día era frío y triste. Reinaba el silencio. El Sol oculto entre nubes se resistía a salir, haciendo que las calles permanecieran desiertas. Las gentes preferían cobijarse al calor de una lumbre en sus apacibles hogares.

En el patio de la escuela de luchadores de Fredulfo, varios de sus hombres se batían en combate preparándose para las batallas, ajenos a la lluvia que caía sobre sus torneados cuerpos. El sudor de aquellos vigorosos hombres se fundía con las gotas de agua que, mezcladas con el barro, producía un olor agrio.

Colgadas en las paredes del patio se podían ver todo tipo de armas de guerra: espadas, puñales, lanzas, pequeñas hachas... además de gran cantidad de escudos amontonados en el suelo.

La escuela estaba formada por hombres diestros en la lucha cuerpo a cuerpo, venidos de todas partes de Hispania. Debían someterse con rigurosidad a estrictas normas de conducta, sobre

todo en los días previos a la contienda, como la de no beber vino y entregarse día y noche a la oración. No sólo formaban parte del brazo armado en un combate, ocupando la infantería, también eran versados maestros en las tácticas de guerra. Su táctica más habitual era la de cargar contra la caballería enemiga para romper su formación, dejando el camino lo más despejado posible a la caballería amiga para, después, encargarse del combate cuerpo a cuerpo, algo en lo que eran expertos.

Estos aguerridos gladiadores, en apariencia unos mercenarios, ofrecían sus servicios a cualquier reino cristiano que quisiera hacer la guerra a los sarracenos. Eran guerreros unidos por un sentimiento poderoso, el más fuerte del que se tenga conocimiento, ese que es capaz de hacer caer los reinos más sólidos y ancestrales: la venganza. Luchaban contra quienes un día le arrebataron su querida ciudad. Estaban convencidos de que el fin de los tiempos estaba cerca, tal y como había vaticinado Beato de Liébana. Deseaban, antes de que esto sucediera, recuperar Toledo de las manos de los hijos de Agar. Por este motivo, los feroces hombres se hacían llamar Los guerreros de los últimos tiempos.

El mundo se había convertido en un lugar de tinieblas y oscuridad. La falta de fe y la herejía llenaban de desesperanza los corazones de todos los cristianos que, sabedores de que el fin de los tiempos estaba cerca, buscaban incansablemente la forma de redimirse a los ojos de Dios para ganarse un lugar en el paraíso. Las escrituras de Beato de Liébana, con su explicación del Apocalipsis de san Juan, ya nos avisaba de la llegada del juicio final. Todo el orbe cristiano debía prepararse para la aparición del Anticristo.

Cierto es que Beato había errado en su primer cálculo: el fin del mundo debía haberse producido más de un siglo atrás,